

# Hermenéutica de los cuerpos

---

## Hermeneutics of the bodies

---

*Constanza Gómez Gavilán*  
Socióloga, Universidad de Buenos Aires  
amolli@hotmail.com

Artículo de revisión

Fecha de recepción: 8 de agosto de 2012 • Fecha de aprobación: 19 de octubre de 2012

### RESUMEN

Aunque la mirada de las ciencias sociales sobre la corporeidad es bastante reciente, ya se sabe que durante la historia el cuerpo ha sido como el papel de las escrituras sociales. He aquí un recorrido por los roles más significativos que ha asumido el cuerpo durante las cuatro etapas convencionalmente definidas de la civilización occidental —Antigüedad, Medioevo, Modernidad y Contemporaneidad—, los usos que las diferentes sociedades han asignado al cuerpo y algunos alcances sociales que a los sentidos se atribuyen.

**Palabras clave:** cuerpo, Antigüedad, Medioevo, Modernidad, Contemporaneidad, sociología.

### ABSTRACT

Even though the social sciences' approach to corporeal nature is very recent, we already know that through history the body has served as the paper of social scriptures. Here we go over the most significant roles the body has played during four stages conventionally defined by the western civilization: Antiquity, Medieval times, Modernity and Contemporary times. We examine the use different societies have assigned to the body and the social scope given to senses.

**Keywords:** body, Ancient History, Middle Ages, Modernity, Contemporary History, sociology.

## EL CUERPO EN LA EDAD ANTIGUA

*El cuerpo humano ha sido objeto de diversas significaciones a través de los tiempos.*

*El proceso de simbolización corporal está relacionado íntimamente con el contexto sociocultural y el universo ideológico particular; por ello, el concepto de cuerpo sintetiza la comprensión del universo de una cultura. En el caso de las sociedades complejas, divididas en clases y etnias, el concepto de cuerpo varía en razón de cada una de ellas.*

(Aguado, 2004: 31)

Debe aclararse inicialmente que el aludir a particularidades presentadas por la corporeidad, en el marco de saberes no concernientes a la sociología, responde a intereses contextuales que pretenden dar cuenta, de manera general, del proceso que siguió esta primera como objeto de estudio, previamente a su desembocadura como interés propiamente dicho de la ciencia social.

La Antigüedad, el periodo convencionalmente comprendido entre la aparición de la escritura (alrededor del 3500 a. C.) y la caída del Imperio romano de Occidente (476 d. C.), ofreció los primeros acercamientos al cuerpo humano en términos académicos, especialmente gracias a la medicina, que pretendió dilucidar ya para entonces el funcionamiento corporal; sin embargo, debe resaltarse que en el transcurrir de la Antigüedad pueden identificarse características heterogéneas de magnitud tal que en dos de sus civilizaciones —la civilización asiria y la civilización griega—, solo para ejemplificar, la misma unidad (el cuerpo) fue asumida desde perspectivas tan diferentes como la astrología y la biología, respectivamente<sup>1</sup>.

Ni siquiera las creencias religiosas y, por ende, las prácticas a ellas subyacentes evidencian, en el marco de la temática de interés aquí, la homogeneidad que se esperaría en la observación de una misma época. Prácticas científicas son rechazadas al asumirlas como acciones de profanación al cuerpo en las mismas civilizaciones

---

<sup>1</sup> Añádase a este hecho, por supuesto, la mediación de más de dos mil años, pero tómese en cuenta para comprender la imposibilidad de identificar un común denominador con referencia al cuerpo que permita establecer un único patrón de postura en la Antigüedad.

en las que la esclavitud se admitía como indispensable para el regular curso de las estructuras sociales (caso de las sociedades grecorromanas)<sup>2</sup>.

De las civilizaciones más representativas de este periodo de la historia pueden exponerse grandes avances en materia corporal. A la civilización egipcia, por ejemplo, se deben los principios de la conservación del cuerpo humano antes y después de la muerte, ya que, a propósito de las creencias religiosas, las sociedades egipcias de la Antigüedad asumían no solo la certeza de la vida después del deceso terrenal, sino la relación directa de la calidad de esta con el estado *post mortem* del cuerpo, lo que explica la costumbre de la momificación.

A esta civilización se atribuiría, además, en la posteridad, los alcances de la escuela de los anatomistas alejandrinos —siglo III a. C.—, que con prácticas como la disección y vivisección en humanos determinarían la relegación de la concepción griega clásica del cuerpo y de las respectivas consideraciones de profanación. Cabe resaltar aquí que el mayor precursor de las prácticas mencionadas en el marco de esta escuela fue curiosamente un griego, el médico Herófilo de Calcedonia (335-280 a. C.), quien merece la mención en el desarrollo de esta observación sociológica si se tiene en cuenta que promovió la realización pública de los procedimientos y que, según la historia, para ello se valió de los cuerpos de criminales, lo que sugiere entonces vastas implicaciones sociales.

Ahora bien, la importancia del cuerpo, que recae esencialmente en funciones sacrificiales en el caso de la India, siendo el sacrificio, como lo dijera Pujol (2003), “la forma de explicar la creación del mundo y de entender la relación que los distintos niveles de la realidad guardan entre sí” (p. 302), permite inferir aproximaciones a formas mucho más actuales de asumir el cuerpo, al desglosar el mentado que a este tipo de ritos daba lugar.

2 No se ahonda aquí en la práctica de la esclavitud, ya que a pesar de considerársele un fenómeno inherente a las estructuras sociales antiguas, no se asume su capacidad de dar cuenta de la relación de la sociedad con la entidad corporal, pues a los esclavos se les asume como objetos, sus cuerpos no son admitidos como cuerpos humanos, y entonces su mención implicaría el estudio de temáticas que divergen de la línea de interés de este artículo.

La corporalidad es asumida en esta sociedad como un estado material tosco pero máximo, al encerrar en esa solidez las dimensiones no tangibles y realmente importantes de la existencia. En el marco de esta corriente de pensamiento se distinguen básicamente cinco niveles con relación al cuerpo, cuatro de los cuales son entonces no visibles y están encargados en su orden: de la vitalización y el metabolismo por medio del aire, de las comunicaciones entre el cuerpo y el mundo exterior por medio de percepciones sensoriales, del conocimiento a partir de la capacidad para construir proposiciones teniendo como base esas impresiones sensoriales que ofrece el cuerpo anterior, del gozo al que se llegaría por medio del sueño profundo, y un nivel adicional, asumido como incorpóreo, que trasciende todos los niveles anteriores, hacia una dimensión que va más allá de la forma y lo diferenciado.

Sin embargo, aunque esta clasificación deje en evidencia la importancia de la unidad corporal y de su conceptualización ya en épocas antiguas, lo que específicamente interesa de ella a esta mirada sociológica es la forma como las representaciones sociales fueron construidas teniéndole como base, aun cuando para entonces no fueran teorizadas como tal. La interdependencia entre las dimensiones mencionadas anteriormente hizo pensar a las sociedades de la época, a partir de la danza y de las artes marciales, en cuestiones como la de la correlación entre movimientos corporales y emotividad, que terminarían manifestándose en un plano real simplificador, dirigiendo, entonces, la atención a las mismas temáticas que serían abordadas muchos años después por científicos sociales de la Contemporaneidad. Las posturas corporales y la forma como estas estarían determinadas por los roles que socialmente debiera asumir el cuerpo eran ya objeto de atención en prácticas específicas de la India antigua.

En cuanto a la civilización griega, puede decirse que a ella se debe la comprensión de la salud como uno de los pilares fundamentales en el culto al cuerpo, a pesar de las disonancias también existentes entre sus exponentes con referencia a las conceptualizaciones de este, que principalmente giraron en torno a la dicotomía filosófica entre cuerpo y alma y a la composición física del cuerpo como materia.

Platón, por ejemplo, aun como exponente significativo de la civilización griega, mantuvo una visión plenamente antihedonista que postulaba al cuerpo como obstáculo en la realización humana del hombre; una vida virtuosa solo podría lograrse con la disciplina

del cuerpo y con la primacía de la razón por encima de las pasiones a las que el hombre es propenso por su existencia física. De esta manera, el cuerpo sería simplemente el albergue impuro de un alma<sup>3</sup> con virtudes e inmortal, y la purificación, por consecuencia, sería el resultado de su separación (abstracta).

Este mismo filósofo introduciría, además, basándose en la concepción del macro- y microcosmos, la asignación, luego aceptada también por Aristóteles, de cualidades celestiales a la parte superior del cuerpo y de cualidades terrenales a la parte inferior (Aguado, 2004: 107). Sin embargo, de la visión platónica divergen otras múltiples, incluso la de Epicuro, que aun defendiendo la superioridad de los placeres espirituales ante los placeres corporales y la prudencia, no consideraba estos últimos como impedimento para una vida virtuosa: afirmaba la necesidad del bienestar corporal admitiendo para su realización la consecución de los placeres físicos.

Ahora bien, en la filosofía de esta civilización no se puede pasar por la teorización del cuerpo omitiendo los aportes de Hipócrates, a quien se le atribuye el gran paso de la medicina griega, que consistió en asumir la enfermedad a partir de leyes naturales y de requerimientos higiénicos. Hipócrates intentó dilucidar las causas naturales de la salud y la enfermedad, abandonando la relación supuesta de todos los sucesos patológicos pertinentes al cuerpo con disposiciones divinas e intentando puntualizar la composición de este mismo, a partir, eso sí, de la dualidad de la unidad. Para los hipocráticos, el cuerpo es materia, función y forma, cuerpo y alma, y solo es separable en la abstracción. Hipócrates distinguió cuatro elementos componentes del cuerpo: sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema, directamente relacionados con los elementos asumidos como componentes del cosmos: aire, fuego, tierra y agua.

Por último, una política urbanística que incluye la construcción de termas, cloacas y acueductos, promovida en la antigua Roma por la priorización del saneamiento a propósito de los cuidados del cuerpo, evidencia la importancia adquirida por este último ya para el 2000 a. C., al igual que su capacidad de incidencia en la configu-

3 De Platón es sobresaliente la concepción tripartita del alma, tres diferentes formas de esta, cuya ubicación establece formalmente en puntos corpóreos. Esteban y Aguirre (2005: 25) definen un alma apetitiva situada en el abdomen, un alma irascible que se encuentra en el tórax, y un alma racional ubicada en la cabeza.

ración de estructuras sociales. A esto se suma el hecho de que la tendencia hacia la homogenización del concepto tuvo lugar justamente a raíz de la transformación del Imperio romano hacia comienzos de la era cristiana, cuando se hace ineludible la subordinación de las clases económicamente poderosas ante el imperio. El protagonismo del poder y de las relaciones que a partir de este se generan resultan determinantes en la construcción del imaginario del cuerpo como unidad.

En síntesis, en la Edad Antigua se expresaron las primeras preocupaciones del hombre por dilucidar su origen y composición basadas en la razón, y, además, por entender el funcionamiento orgánico de su dimensión física. Claramente, las incidencias del contexto social no eran abordadas para la época de manera directa, pero como puede verse en los ejemplos dados, de manera implícita el cuerpo fue asumido, en algunas civilizaciones antiguas, en consideración con roles y relaciones de poder, aun cuando estas categorías no fueran definidas y asumidas como tales.

## EL CUERPO EN LA EDAD MEDIA

Por su parte, la Edad Media, el periodo comprendido comúnmente entre los años 476 d. C. y 1492, cuando ocurre el descubrimiento de América, estuvo caracterizada por la intervención académica de mentes brillantes, como es el caso de Galeno de Pérgamo; por el feudalismo, con el predominio del maltrato como expresión de autoridad de las capas superiores de la jerarquía; por el auge del cristianismo, que implicaría no solo cambios doctrinales, sino también la configuración de toda una cultura; y, entonces, por el enfrentamiento entre los saberes científicos y las instituciones eclesiásticas. La Edad Media reviste gran importancia para este artículo, no solo porque presenta un cambio sustancial en la concepción del cuerpo, sino porque en sí introdujo los pilares de los conceptos asumidos en esta materia hasta la Contemporaneidad.

De Galeno (130-200 d. C.) puede decirse que fue su capacidad por conceptualizar, organizar y clasificar al cuerpo en términos orgánicos lo que haría posible la repercusión de su obra; describió las estructuras que definía no solo en términos de su composición o ubicación, sino en términos funcionales, presentando los primeros acercamientos al complejo anatómico conocido hoy.

Asimismo, refirió al alma sin la intención manifiesta de postularle como corpórea o incorpórea, pero adoptó la posición platónica sobre sus formas, mientras dirigió fuertemente su mirada hacia la capacidad que le es propia al hombre de sostenerse y caminar en sus dos extremidades inferiores, a propósito de la analogía de los cielos y la tierra con las porciones superior e inferior del cuerpo humano, respectivamente. Para Galeno, desde una perspectiva no social, el hecho de que el hombre mantuviera dicha capacidad le ubicaba de manera ineludible en cabeza de la jerarquía ante otras especies:

En la obra científica de Galeno de Pérgamo (s. III d. C.) alcanza su máxima expresión la cultura médica clásica. Sus más de un centenar de trabajos sistematizaron un modelo biológico-médico que estuvo vigente no solo durante toda la Edad Media, sino también durante los primeros siglos de la Edad Moderna (Barona, 1991: 12).

Sobre la forma como las sociedades medievales asumieron al cuerpo debe decirse que estuvo fuertemente influenciada, además, como en el caso de la Edad Antigua, por la tendencia religiosa a propósito del surgimiento del cristianismo como doctrina dominante, y por el feudalismo como sistema económico apoyado en tal doctrina.

Del feudalismo cabe subrayar, en este punto, la introducción de la figura de la servidumbre, que, según la historiografía, remplazaría a la esclavitud de la Antigüedad (aunque sea bien sabido que, en rigor, la abolición de la esclavitud tardaría muchos años más) y que determinaría sin lugar a dudas el imaginario social de la corporeidad y las acciones que entonces emergerían en correspondencia con el trato cotidiano de los individuos.

Para seguir el aporte de Marc Bloch (1989), la figura del “siervo” en contraste con la del “esclavo” permite distinguir vastas semejanzas a nivel social, encubiertas por algunas diferencias de tipo jurídico. Se trata de la misma discriminación que padecía el denominado esclavo, de los mismos impedimentos en términos de participación política y de las mismas vetas para el ingreso a círculos de “linaje”, como lo era para entonces el complejo clerical, mas esta vez disfrazadas por la “obediencia” propia de “hombres libres”, licenciados para la tenencia e intercambio de tierras.

En cualquier caso, la injerencia de la estructura económica en la manera de asumir al cuerpo se hace insoslayable; las disposiciones en la materia son resultado (y no necesariamente explícito) de la interacción que ocurre en el marco de las relaciones de poder, que a su vez tienen lugar a partir de las circunstancias específicas de los procesos productivos. Dichas disposiciones tienen la capacidad para formular lo que es o no aceptable en el trato de los segmentos trabajadores de la sociedad, e incluso para legitimar el lenguaje implícito de las formas y posturas físicas en relación con el aspecto del dominante y del dominado —lo que representa gran importancia desde un punto de vista sociológico—:

[...] Con el feudalismo, y en una época en que la moneda y la producción están poco desarrolladas, se asistiría a un brusco aumento de los castigos corporales, por ser el cuerpo en la mayoría de los casos el único bien accesible (Foucault, 2004: 31).

Ahora bien, del cristianismo es necesario resaltar el carácter ambiguo de su discurso: se declara la igualdad de todos los hombres ante Dios y la existencia física como imagen y semejanza de él, mientras se justifica en simultáneo la servidumbre y el maltrato físico que esta conlleva, con la existencia del pecado original, o mientras sus exponentes promueven la pena de muerte y la flagelación de cuerpos de los denominados herejes.

A través de la palabra del supremo, que según la creencia se halla expresada en la Biblia, se inculcó el respeto por un cuerpo sagrado, el rechazo por las pasiones que de este son propias, la glorificación de la entidad y, de alguna forma, el juzgamiento de su naturaleza:

¿O no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en ustedes, el cual tienen de Dios, y que ustedes no se pertenecen a sí mismos? (1 Corintios 6, 19).

[...]

Porque todo lo que hay en el mundo, la pasión de la carne, la pasión de los ojos y la arrogancia de vida, no proviene del Padre, sino del mundo (1 Juan 2, 16)

A partir de las disposiciones cristianas, la concepción del alma abandona el nivel de materialidad corporal que los estudiosos de la Antigüedad le habían asignado al especular sobre su ubicación en el organismo, mientras ahonda en su separación, hasta ahora abstracta, de la entidad corpórea, al afirmar, en cohesión con algunas de las creencias previas, la inmortalidad del alma y conjugarle con la consideración del cuerpo como albergue de deseos impuros. Justamente, es a partir de esta última consideración que toman protagonismo las cuestiones de la sexualidad y el paganismo que desde entonces son blanco de múltiples disciplinas.

El cristianismo introdujo por el testimonio de su fundador san Pablo (entre los años 5 y 10, y 67 d. C.) —según el aporte de Aguado (2004)— la idea de la castidad como la vía para alcanzar la plenitud en Cristo, con una acogida tal que las comunidades radicales cristianas la priorizaron relegando a la institución familiar y al sacramento del matrimonio, rescatados posteriormente por san Agustín (372-430). En torno a los órganos reproductivos se alimentarían, partiendo de estas discusiones, múltiples connotaciones relacionadas con el pecado que encontrarían justificación en la historia del Génesis. Los órganos desobedecerían a la voluntad del hombre en analogía con la desobediencia del hombre a Dios en el Paraíso. Además, es en la Edad Media, gracias a la filosofía tomística del cuerpo, como se “demoniza” la figura femenina, adjudicándole la responsabilidad del pecado del hombre, mientras la anatomía de este último se relaciona con la espiritualidad.

Por último, es válido mencionar como características de la época las divergencias entre los principios del cristianismo y los principios procedimentales de la ciencia, que a partir del auge de este primero tuvieron lugar. Las nuevas acepciones del cuerpo humano condenaban las prácticas de disección y, mucho más, las de vivisección, tanto en seres humanos como en animales; cualquiera que fuera el procedimiento, sería cuestionable si pretendiera la ejecución de funciones que a la naturaleza corresponden o si trasgrediera la integridad de la dimensión física del hombre, siendo esta templo del alma e imagen y semejanza de Dios.

## EL CUERPO EN LA EDAD MODERNA

En coherencia con la línea de tiempo asumida en este artículo en los apartados anteriores, se entiende entonces por Edad Moderna el periodo de la historia occidental comprendido entre 1492 y 1789 (año en el que estalla la Revolución francesa). Dentro de las particularidades de la época, se resaltan principalmente la existencia de una monarquía autoritaria, debido al retorno de los reyes al poder que habían cedido a la nobleza durante el feudalismo; el establecimiento del capitalismo como sistema económico central; la división del cristianismo en dos esferas: la católica y la protestante; la evolución del Renacimiento como movimiento cultural, y el aporte del artista y científico italiano Leonardo da Vinci, que sin duda representaría un gran progreso en la temática corporal.

La existencia de una monarquía autoritaria sugiere necesariamente un grado de concentración de poder, que para el caso determinaría la forma como las sociedades modernas occidentales asumirían la entidad corporal. El apartado con el que Foucault introduce al lector a su obra *Vigilar y castigar*<sup>4</sup> fue considerado conveniente en este documento no solo debido a su capacidad para ilustrar la forma como el sistema penal moderno asume al cuerpo, sino por la exposición metódica de acciones puramente simbólicas que a este se dirigen y que tienen indudablemente implicaciones en el colectivo:

Damiens fue condenado, el 2 de marzo de 1757, a pública retractación ante la puerta principal de la Iglesia de París, a donde debía ser llevado y conducido en una carreta, desnudo, en camisa, con un hacha de cera encendida de dos libras de peso en la mano; después, en dicha carreta, a la plaza de Grève, y sobre un cadalso que allí habrá sido levantado [deberán serle] atenaceadas las tetillas, brazos, muslos y pantorrillas, y su mano derecha, asido en esta el cuchillo con que cometió dicho parricidio, quemada con fuego de azufre, y sobre las partes atenaceadas se le verterá plomo derretido, aceite hirviendo, pez resina ardiente,

<sup>4</sup> Apartado que según aclaraciones bibliográficas es construido a partir del documento original del juicio al autor de la tentativa de homicidio contra Luis XV, Robert François Damiens, a quien se condenó a muerte y ejecutó en 1757 acusado de "parricidio", imputación en virtud de la cual el Rey es asumido como "padre".

cera y azufre fundidos juntamente, y a continuación, su cuerpo estirado y desmembrado por cuatro caballos y sus miembros y tronco consumidos en el fuego, reducidos a cenizas y sus cenizas arrojadas al viento (Foucault, 2004, p. 11).

Aunque la tortura, la pena de muerte y, en general, la agresión sistemática y “legal” del cuerpo no son prácticas nuevas en la Modernidad, la importancia de hacerle mención en este espacio recae justamente en que a esta época correspondió llevar el proceso de desaparición del espectáculo y de anulación del dolor que hasta entonces eran, por su carácter público, herramientas de coerción implícita de los sistemas judiciales. Se necesitó el escarnio público de centenares de individuos, la tortura, la mutilación, el descuartizamiento y la incineración de incontables cuerpos para que los taumaturgos de las condenas dirigieran su mirada al real fin de la pena capital, que es ciertamente la privación de la vida, contemplando, entonces, que a tal fin se puede llegar por vías más humanas a propósito del desarrollo de la ciencia y la medicina; lamentablemente, la abolición de la pena de muerte en su totalidad no se logró en la Modernidad, y no se logra aún en la Contemporaneidad.

El apartado tomado del texto de Foucault evidencia la existencia de un fenómeno que sin dificultad podría alegóricamente ser definido como una *ciencia* —quizás la ciencia social del dolor—: la tortura racionalizada y sistematizada de la época implica, por lo menos por parte de quien diseñaba el procedimiento, el conocimiento previo de las facultades del dolor físico y de esa simbología, lo cual solo cobra sentido en un contexto con connotaciones bien definidas en relación con el cuerpo.

El hecho de dirigir ciertas acciones a hemisferios específicos del organismo, a porciones u órganos expresos, sugiere la doble intención del procedimiento público: por un lado, la sanción del criminal; por otro, la diseminación del temor en su contexto social. Durante el trascurrir de la historia se ha hecho evidente que las situaciones más temidas por el hombre son aquellas en las que su propiedad física y, por ende, la dignidad a ella inherente se ven afectadas (privación de la libertad, recepción de dolor, etc.).

Con respecto al capitalismo, puede afirmarse que es el vehículo más popular de desmitificación del cuerpo. La cosificación de todos los aspectos de la vida humana,

la necesidad aceptada del librecambio y la globalización a este inmanente han desembocado inevitablemente en la reconceptualización de un cuerpo ahora “útil” y apto como elemento de mercado:

El capitalismo es el sistema de la total cosificación o enajenación, sistema dinámico, cíclico que se dilata y reproduce en la crisis; sistema en el que los hombres se presentan bajo las máscaras características de funcionarios o agentes de este mecanismo, es decir, como partes o elementos suyos (Kosik, 1987).

En cuanto a Leonardo da Vinci (1452-1519), sus aportes a la cuestión corpórea giran en torno a la forma como desarrolló un análisis topográfico de la anatomía, es decir, un estudio de las regiones en las que podría estar dividido el cuerpo y de las relaciones que podrían mantener los órganos en el interior de estas. La aplicación de las habilidades artísticas de Da Vinci en el campo científico permitió, entre muchas otras cosas, según algunos autores, la compilación, por medio de disecciones, de un conjunto de investigaciones sustentadas en dibujos que expresaban de manera gráfica la apariencia de los diferentes órganos que componían el cuerpo humano, incluyendo aproximaciones a la apariencia de aquellos órganos a los que para entonces se atribuían ya las diferencias de género:

El genio universal desarrolla la anatomía practicando disecciones en cadáveres, con láminas anatómicas con mucha exactitud y belleza, ilustra los grandes vasos, corazón, pulmones, vísceras abdominales y sistema muscular; siguiendo los principios de Galeno. [...] Los cadáveres en sus dibujos parecen cobrar vida con excelentes bosquejos anatómicos (Arévalo, 1969, p. 26).

Sin embargo, no son estas acciones las que más interesan del artista a este recorrido; Da Vinci se ocupó de dibujar las expresiones faciales, los gestos y las posturas que según su percepción se imprimían sobre la fisiología como efectos de las emociones humanas, ofreciendo así —si se tiene en cuenta que la mayoría de estas se engendran en el marco de relaciones sociales— una primera aunque indirecta alusión académica sobre el influjo del contexto social en la corporeidad individual.

## EL CUERPO EN LA CONTEMPORANEIDAD

*En efecto, el cuerpo es hoy la sede de la metamorfosis de los tiempos nuevos. De la demiurgia genética a las armas bacteriológicas, del tratamiento de las epidemias modernas a las nuevas formas de dominación en el trabajo, del sistema de la moda a los nuevos modos de nutrición, de la glorificación de los cánones corporales a las bombas humanas, de la liberación sexual a las nuevas alienaciones.*

(Le Goff y Troung, 2005, p. 32)

Por Edad Contemporánea se entiende, en el marco de este recuento histórico, la época comprendida entre 1789 y la actualidad. El anterior recorrido permite inferir una idea general del proceso que ha seguido históricamente la corporeidad humana, desde las épocas y sociedades que le rindieron culto y le tomaron como objeto de estudio en pro de conocimientos que permitieran el entendimiento suficiente del organismo para el goce de la salud, hasta las épocas y sociedades que le asumieron como blanco de ataques y torturas, acudiendo al dolor, al sufrimiento y a las cargas simbólicas que las sociedades asignan a esta unidad a partir de sus prácticas culturales, sus creencias religiosas y sus concepciones científicas.

Son innumerables los factores que han emergido en esta época y que mantienen afectación sobre la entidad corporal; no solo se modifica la forma como las sociedades asumen al cuerpo, sino que en gran medida el sentido mismo del concepto presenta cambios sustanciales. De las ciencias clásicas se desprenden permanentemente ramas dirigidas que a su vez establecen diálogo constante con otras disciplinas. Las ciencias naturales han hecho avanzar la tecnología hasta un punto tal que hoy se habla de robótica, del genoma humano, de clonación y de un sinnúmero de alcances que dibujan un cuerpo de dimensiones impensables. Los estudios que se creían magnos al lograr la descripción de órganos fueron sobrepasados por el análisis microorgánico de sus componentes y, hoy por hoy, por el de la composición de esos microorganismos; parece no haber nivel que la ciencia no pueda alcanzar en su alianza con las innovaciones tecnológicas.

En el campo médico, los trasplantes de órganos, la cirugía reconstructiva, la cirugía de reasignación sexual, la cirugía plástica y los implantes funcionales, entre muchos otros procedimientos, desafían la lógica de cualquiera de los estudiosos precedentes y de las mitificaciones clásicas que en torno a la anatomía algún día fueron legítimas.

Ahora bien, en el campo de interés, acá todos los aspectos mencionados mantienen ciertamente gran influencia, mas se hace necesario hacer mención de los medios de comunicación, por los cuales, según la postura de este artículo académico, tiene lugar la configuración del imaginario contemporáneo del cuerpo, siendo la globalización determinante absoluto de la cotidianidad de la época. Esto no se limita al mercado o a las relaciones económicas, sino que puede asumirse también la globalización de costumbres, de ideologías, de prácticas y, en general, de todos aquellos aspectos que en alguna época se distinguieron por características que les hacían autóctonos. Debe considerarse que la aprehensión y la configuración actual de los imaginarios sociales (incluyendo el que respecta a la corporeidad) tienen lugar solo por la intercesión de las sugerencias ya bien implícitas o explícitas que realizan constantemente este tipo de medios, a la que es necesario aludir aun cuando no es de interés de este artículo el análisis de los diferentes fenómenos que se suponen promovidos por la televisión, el internet o cualquier medio de difusión.

La edad contemporánea es en sí la edad de los adelantos científicos, de las innovaciones tecnológicas, de la medicina estética, del *body-art*, de las subculturas, del homosexualismo, del transgenerismo, de las modificaciones corporales<sup>5</sup>, del fisiculturismo y de los desórdenes alimenticios a propósito de la persecución de estándares de belleza definidos por los medios, entre muchos otros; pero es también la edad del cuerpo como símbolo, la edad en la que ciertamente se atribuyen a los sentidos de manera manifiesta impactos sociales, la edad en la que el reconocimiento de estos impactos incursiona en la academia. Es, entonces, la edad en la que se define expresamente la influencia de los sentidos en la cotidianidad y, por ende, en la configuración de estructuras.

<sup>5</sup> Por *modificaciones corporales* se entiende acá, siguiendo la definición proporcionada por Francisco Ortega, un inmenso espectro de prácticas que incluye tatuaje, *piercing*, *branding cutting*, implantes subcutáneos, etc.

En esta edad se asume como requerimiento para interpretar de manera adecuada la simbología corporal el reconocimiento de un relativismo cultural no débil que hace de esta última un fenómeno cambiante y, entonces, supuestamente evolutivo, lo que expresamente manifestarían los constructivistas al rechazar la idea del cuerpo como identidad biológica.

De resaltar es la complejidad que emergió en torno al análisis del cuerpo, al considerar que gestos, formas y posturas corresponden a situaciones, condiciones y jerarquías, y que por estas últimas los sujetos pueden dar cuenta de las primeras a sus semejantes, quienes por medio de códigos aprehendidos realizan interpretaciones no necesariamente conscientes.

El estudio pertinente en la Contemporaneidad ofrece una visión de un cuerpo por medio del cual no solo se mantienen las relaciones sociales, sino que se determinan sus características fundamentales; se trata de un cuerpo con habilidad implícita para determinar, a través de su presentación (formas, movimientos, posturas y gestos), el lugar que ocupa el individuo representado en cada una de las situaciones en donde interviene; un cuerpo capaz de generar jerarquías inmediatas, valiéndose de connotaciones construidas socialmente; sobre todo, un cuerpo que dispone cada una de las acciones de un sujeto sin que hasta ahora se haya visto como tal.

Es la academia de la época la que conceptualiza el hecho evidente de que el sujeto actúa de acuerdo con la interpretación que construye de cada escenario exclusivamente a partir de lo que ve, oye, siente, olfatea o toca. Se resalta que dichas acciones son las que dan lugar a las relaciones sociales y, entonces, por un silogismo lógico, puede afirmarse que los sentidos son responsables del establecimiento de dichas relaciones sociales, lo que evidenciaría que el cuerpo no es un influyente, sino un determinante del devenir social y competencia casta de la ciencia que a este se dedica. A los órganos como contenedores de sentidos se atribuye indirectamente el dibujo del escenario social de cada individuo y a las acciones que en estos encuentran punto de partida las relaciones que configuran a la colectividad.

Escucha una cosa, Luis Trochón<sup>6</sup>.

Despierto. Pienso en el laburo, pero por la calma sonora del barrio, indudablemente, es domingo. Más precisamente, deben ser las diez de la mañana: el grito del diariero es “mi señal indicará”. Sigo acostado, remoloneando un poco más. Por el silencio que hay, mi mujer fue a hacer un mandado. Si bien no lo escucho, sé que mis hijos están en la casa durmiendo. No sé el porqué de mi certeza. Quizás sea porque hay silencios y silencios. Una cosa es el silencio de Estela, mi mujer, y otra cosa es el silencio de Estela y los gurises.

Escucho que un auto se detiene cerca de casa. Por el ruido del motor, es un taxi. Si el ronroneo del taxi dura mucho, debe ser el matrimonio de viejitos que viven frente a casa. Si es más o menos corto, entonces será Raúl, el vecino que vive al lado. Son los viejitos.

Lejanos, resuenan los pasos de Estela, viniendo del almacén. Estoy seguro que es Estela. Tiene una manera única de tocar la vereda. Camina acompañada por el tintineo de las aguas salus.

Tose mi hija, que tiene un año y medio. No me preocupo. No por insensible, sino porque ya conozco las distintas toses de Sandra. Hay, por ejemplo, una tos profunda, como granulosa, que aparece cuando está resfriada. Otra, es una tos seca, taponeada, fea, que esa sí es la más embromada: hay que ponerle enseguida el vaporizador o llevarla al baño y abrir el agua caliente de la ducha. Pero ésta de ahora es una tos con una textura tal que parece decir algo más o menos así: “Che, estoy despierta, denme bola”.

Siento cerrarse una puerta. Por la dirección desde donde proviene el sonido, sé que es la puerta del baño. Por el estruendo, es Martín, mi hijo de seis años, que los domingos se despierta siempre alunado.

---

<sup>6</sup> Este apartado del músico Luis Trochón ilustra la forma como un sentido dirige las reacciones del sujeto en su entorno, de las situaciones que se asumen por presupuestos, y de cómo se construyen relaciones sociales a partir de la influencia de este.

Poco a poco, se va dibujando el mapa sonoro de nuestra casa, de nuestra familia. Martín en su cuarto, vistiéndose con su madre y Sandra en el comedor. De pronto, aparece un elemento desestabilizador de esa armonía sonora y hogareña.

De pronto aparece un silencio que viene del comedor. También conozco ese silencio. Es el silencio de Sandra cuando está tocando algo, que ella sabe que no puede tocar. Me voy a levantar para saber qué está haciendo. Estalla un sonido que no he escuchado nunca, irrepetible, y que me doy cuenta que no voy a volver a escuchar jamás: la bailarina de cerámica contra el piso.

Ahora, ya estoy en el baño. Se acerca Martín y me dice: "Papá...". Le respondo interrumpiéndolo: "sí Martín, sí, podés ir a jugar a la pelota". Sé que era eso lo que me quería decir. Será porque hay "Papás" y "Papás". Cada uno de esos "Papás" tiene un sonido y una interpretación precisa, según sea para contarme algo, o para decirme que Sandra lo está jorobando, o para pedirme algo que él piensa que va a ser muy difícil que le deje hacer, o para preguntarme ese tipo de cosas a las cuales uno no sabe bien cómo responder. Mientras me baño, canto un tanguito. Pienso que me hubiera gustado mucho aprender a cantar o saber tocar algún instrumento. Cuando era joven una vez estudié seis meses de guitarra, con una profesora del barrio. Pero enseguida dejé. Me di cuenta que no tenía oído para la música.

## CONSIDERACIONES FINALES

*¿Acaso el cuerpo no es considerado bajo el velo de sus representaciones? El cuerpo no es una naturaleza. Ni siquiera existe. Nunca se vio un cuerpo: se ven hombres y mujeres.*

(Le Bretón, 2002, p. 25)

Después de haber realizado este recorrido histórico general, queda entonces claro que hacer mención del cuerpo implica la interacción entre diferentes disciplinas, pues, como dimensión física del ser humano, es, a su vez, línea transversal en todo

conocimiento que se pretenda ciencia. El cuerpo está implicado desde diferentes perspectivas en todas y cada una de las acciones humanas; por ello, pertenece como objeto de estudio a todos los saberes.

Como se dijo en el apartado introductorio, el hecho de que las ciencias sociales hayan volcado su mirada hacia la cuestión corpórea es relativamente reciente, ya que dicha entidad como objeto de estudio se había limitado a cuestiones puramente orgánicas, omitiendo los efectos de su inmersión en contextos políticos y sociales. Claramente, los esfuerzos que desde la filosofía antigua emprendieron pensadores como Platón pueden ser considerados esfuerzos desde la ciencia social, mas son análisis de tipo ontológico que responden a intereses metafísicos y que están muy lejos de ocuparse de la descripción de las afectaciones de la pertenencia a un grupo sobre la fisiología, o de precisiones sobre el lenguaje corporal, sobre posturas determinadas por roles, etc.

En términos de Foucault (2004):

Por lo que a la historia del cuerpo se refiere, los historiadores la han comenzado desde hace largo tiempo. Han estudiado el cuerpo en el campo de una demografía o de una patología históricas; lo han considerado como asiento de necesidades y de apetitos, como lugar de procesos fisiológicos y de metabolismos, como blanco de ataques microbianos o virales; han demostrado hasta qué punto estaban implicados los procesos históricos en lo que podía pasar por el zócalo puramente biológico de la existencia, y qué lugar se debía conceder a la historia de las sociedades y de los “acontecimientos” biológicos como la circulación de los bacilos, o la prolongación de la duración de la vida. Pero el cuerpo está también directamente inmerso en un campo político; las relaciones de poder operan sobre él una presa inmediata; lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos (p. 32).

Puntualmente, para esos intereses que son campo explícito de la sociología, se cuenta esencialmente con los aportes de teóricos (algunos filósofos) como David Le Bretón, Bryan Turner, Michel Foucault e incluso con algunas concepciones de Karl Marx, quien, puede decirse, dio origen a la discusión del cuerpo en esta línea de análisis, al plantearle como producto del suceder social.

El aporte de Le Bretón es quizás el más representativo de la sociología, específicamente dirigida a la entidad corporal: no solo presenta un bosquejo del recorrido que ha seguido el cuerpo como unidad de análisis de la ciencia social, sino que define al cuerpo como obra de la sociedad e induce a pensarle como una construcción hábil en el albergue de indicadores con capacidad para reflejar las circunstancias sociales que le rigen.

Le Bretón explica el vuelco de la mirada hacia la corporeidad, afirmando que el cuerpo sirvió a los discursos emergentes de una crisis del sistema de valores antiguo como caballito de batalla, como punto central para justificar la represión e imponer así modificaciones a la estructura.

La contribución de Turner, por su parte —más de naturaleza antropológica que sociológica—, interesa en este marco por la definición de cuatro razones con orientaciones teóricas que explican la razón de ser del cuerpo como unidad de estudio pertinente. Turner distingue, en primer lugar, la antropología filosófica, que relaciona directamente a la cuestión corpórea con la inquietud ontológica del hombre; en segundo lugar, la antropología fenomenológica, que, inscrita en la tradición del romanticismo no capitalista, retoma los interrogantes sobre la existencia humana; en tercer lugar, una visión sobre sociobiología —la más importante para esta mirada—, que pretende señalar conexiones entre las cuestiones biológicas de la especie y las cuestiones de comportamiento e índole social; y en último lugar, la antropología social y cultural, que alude al cuerpo como el medio técnico por excelencia del hombre para “ser” en el sentido social.

En cuanto a Foucault, aun como filósofo, no puede desconocerse el gran aporte que realiza al estudio social de la corporeidad, a propósito de su interés por las particularidades que presenta la dominación en términos de especie. A Foucault se deben no solo los más impresionantes relatos históricos explicativos en cuanto a la simbología de las prácticas dirigidas al cuerpo en importantes períodos históricos, sino la precisión académica del carácter “dócil” del cuerpo humano; y con “dócil” se refiere sí a una sumisión, mas es a una sumisión de la que el sujeto mismo no es necesariamente consciente. Foucault describe cómo los cuerpos ofrecen permanentemente signos sobre su lugar dentro de una sociedad, signos que dan cuenta de los roles que el

individuo asume en su cotidianidad y que van cambiando la apariencia física como si se tratase de la obediencia del cuerpo al contexto. El cuerpo es bastante moldeable por su sociedad, por la sociedad de cuerpos que se manifiestan al implicar hombres y mujeres.

Entonces, el análisis en cuestión es pertinente a la sociología, única disciplina idónea para discernir entre los efectos que sobre el cuerpo del sujeto recaen al existir justamente como eso, como un sujeto, un miembro activo de una sociedad que establece y mantiene relaciones sociales, y que padece las emociones que en el marco de esas relaciones se engendran, independientemente de la connotación positiva o negativa que sobre ellas haya construido.

La sociología proporciona las herramientas necesarias para analizar en simultáneo la forma como una sociedad asume al cuerpo en función de un imaginario y la forma como ese cuerpo inmerso en esa sociedad apropiá e inscribe en su suceder físico las impresiones de su exterior. Solo la ciencia social puede captar sistemáticamente esas impresiones fisiológicas, extraídas de asignaciones biológicas: “Nuestros cuerpos no son solo el lugar desde el cual llegamos a experimentar el mundo, sino que a través de ellos llegamos a ser vistos en él” (Merleau Ponty, 1976, p. 5).

## REFERENCIAS

- Aguado, J. C. (2004). *Cuerpo humano e imagen corporal. Notas para una antropología de la corporeidad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arévalo, R. (1969). *Historia de la medicina*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Barona, J. L. (1991). *La fisiología: origen histórico de una ciencia experimental*. Madrid: Akal.
- Biblia (1992). Texto autorizado por la Conferencia Episcopal de Colombia. Bogotá: Terranova.
- Borch, M. (1989). *La transición del esclavismo al feudalismo*. Madrid: Akal.

Cotterell, A (2000). *Historia de las civilizaciones antiguas*. Barcelona: Crítica.

Chamorro, G. (2009). *Decir el cuerpo: historia y etnografía del cuerpo en los pueblos Guaraní*. Asunción: Tiempo de Historia.

Esteban, A. y Aguirre, M. (2002). *Cuentos de filosofía griega. Platón: hablando de Sócrates*. Madrid: Ediciones de la Torre.

Foucault, M. (2004). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Karel, K. (1967). *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.

Le Breton, D. (2002). *Sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Le Goff, J. y Troung, N. (2005). *Una historia del cuerpo en la Edad Media*. Buenos Aires: Paidós.

Merleau-Ponty, M. (1976). *The primacy of perception*. Evanston y Chicago: Northwestern University Press.

Ortega, F. (2010). *El cuerpo incierto: corporeidad, tecnologías médicas y cultura contemporánea*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Pujol, Ó. (2003). Cuerpo, calor y dolor en el pensamiento antiguo de la India. *Revista Humanitas, Humanidades Médicas*, 4(1). Recuperado de <http://www.fundacionmhm.org/pdf/Numero4/Articulos/articulo3.pdf>

Trochón, L. (1989). Escucha una cosa. En *La hora popular*. Montevideo: 8 de Junio.

Turner, B. (1994). Avances recientes en la teoría del cuerpo. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 68, 11-38.